

POLÍTICA Y ENFRENTAMIENTO EN LAS ISLAS FILIPINAS DURANTE EL REINADO DE FELIPE III

INTRODUCCIÓN

Las islas Filipinas han sido tradicionalmente un lugar relegado dentro de los estudios sobre la monarquía hispánica. Su lejanía respecto a la metrópoli y el hecho de no ser un lugar próspero siempre alejó a las islas del interés de los historiadores. A finales del siglo XIX, el gran desconocimiento sobre el archipiélago empujó a los funcionarios españoles a investigar y a escribir sobre las islas, pues era uno de los últimos territorios del sistema imperial español. Ya en el siglo XX, tanto en España como fuera de ella, el interés por las islas ha ido aumentando, hasta llegar al cambio de siglo en el que se ha creado una pujante comunidad de historiadores interesados por estas. La presencia española en las islas Filipinas se prolongó durante cuatro siglos y de ellos el siglo XVII ha sido siempre el menos atendido, pues no se puede asociar a los periodos históricos clásicos de Filipinas. Esta centuria no corresponde a los años de la conquista, en el siglo XVI, ni a las reformas del XVIII ni tampoco a los de la crisis del XIX. Sin embargo, el siglo XVII, en especial su primera mitad, fue un momento crucial para las islas, que gozaron de una importancia estratégica que no han tenido ni antes ni después.

Madrid vio que a través de las Filipinas la corona castellana podía implicarse con fuerza en el enfrentamiento contra los rebeldes neerlandeses, que acababan de iniciar su expansión ultramarina, y es que entendió que podía reconducir en mejores condiciones el conflicto contra los bátavos atacando y dañando sus recién adquiridas posiciones ultramarinas en lugar de hacerlo en Europa, donde llevaban años intentándolo sin éxito.

Con el reinado de Felipe III (1598-1621) se inició un reforzamiento de la política oriental, a través de una nueva estrategia que también fue evolucionando a lo largo de dicho reinado, y en la que pueden establecerse claramente tres periodos: el de inicio de la intervención castellana, el del desarrollo de planes ofensivos y el de la reconfiguración defensiva final. El objetivo de esta tesis doctoral es estudiar la política filipina durante el reinado de Felipe III, los objetivos que se idearon y cómo se actuó para tratar de conseguirlos, cuáles se alcanzaron y en cuáles se fracasó. En un reinado de ajuste y moderación, incluso de repliegue como tradicionalmente se considera el de Felipe III, sus políticas en Filipinas destacaron, por lo contrario, pues fueron ambiciosas, agresivas y a ellas se dedicó una importante cantidad de dinero, medios y hombres. Las Filipinas fueron

un espacio central de su política exterior, uno de los ejes más activos que es preciso conocer en detalle para valorar de forma íntegra el reinado de Felipe III y en general la política asiática en la época de los Austrias.

La presencia castellana en Asia se inició en las islas Filipinas a partir de los años 60 del siglo XVI, cuando los navegantes españoles pudieron realizar el viaje de regreso desde las islas hasta las costas de México a través del océano Pacífico. La posibilidad de hacer el viaje de ida y vuelta abría a la corona castellana la capacidad de expandirse en Asia a la vez que cumplía con los acuerdos firmados con la Corona de Portugal décadas antes, que cedían a esta el control de las aguas del Índico. A partir de ese momento se fue creando en las islas Filipinas una estructura de gobierno y administración, y la colonia española se conectaba con resto del imperio a través de México. Tras unos años centrados en Cebú, al sur del archipiélago, los españoles movieron su capital a Manila, al norte, un lugar más próximo a China¹. El comercio con el Reino Medio atraía y era visto como una gran oportunidad para conseguir los beneficios que no se estaban logrando en la propia tierra filipina. En pocos años las transacciones entre Manila y los mercaderes chinos florecieron: los chinos proporcionaban a los españoles productos como porcelanas y sedas, de gran calidad y a buen precio, y los españoles ofrecían la plata procedente de América, pues en las décadas finales del siglo su producción empezaba a despuntar. Manila se fue convirtiendo en un centro intermediario de la demanda de productos asiáticos por parte de los comerciantes americanos y de plata por parte de los mercaderes chinos². Para finales de siglo XVI, cualquier otra alternativa de desarrollo económico de la colonia española como la conquista de China o de Camboya³, había sido descartada o había fracasado, y el comercio con China se convirtió en el centro absoluto de la vida de la comunidad española de las islas⁴.

A la vez que consolidaba esta actividad en Filipinas, en Europa las Provincias Unidas de los Países Bajos, que habían estado en rebelión contra el gobierno de la Monarquía Hispánica desde los años 60, también experimentaron cambios importantes, pues iniciaron su expansión ultramarina. Los prósperos mercaderes neerlandeses,

¹ DÍAZ-TRECHUELO, LOURDES: *Filipinas. La gran desconocida (1565-1898)*, Estella, Universidad de Navarra, 2001

² OLLÉ, MANEL: *La empresa de China. De la Armada Invencible al galeón de Manila*, Barcelona, Acantilado, 2002

³ RODAO, FLORENTINO: *Españoles en Siam (1540-1939). Una aportación al estudio de la presencia hispana en Asia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.

⁴ LYTLE SCHURTZ, WILLIAM: *El galeón de Manila*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992

apoyados por una poderosa industria naval que cada vez conocía mejor las aguas oceánicas, decidieron buscar en oriente algunos de los productos (canela, pimienta, nuez moscada, macis, etc.) que tradicionalmente compraban en los mercados ibéricos, pero más difíciles de conseguir por la guerra. En 1595 partió la primera flotilla comercial hacia Asia, que si bien no sacó mucho provecho de su viaje, sí que abrió el camino a otros mercaderes. Sus expediciones, a pesar de su naturaleza privada, contaban con apoyo financiero y material del gobierno de las Provincias Unidas, que esperaba que resultasen exitosas no solo por la riqueza que podían traer a su tierra sino porque podían servir para dañar y desestabilizar a sus enemigos ibéricos. Esto sucedió en varias ocasiones pues, aunque estas expediciones eran eminentemente comerciales, estaban armadas ya que navegaban por espacios controlados por los ibéricos, que mantenían una estricta política de monopolio que defendían activamente⁵.

Durante un lustro decenas de navíos zarparon de los Países Bajos rumbo a Oriente, específicamente hacia el sudeste asiático, con el objetivo de establecer tratos comerciales y acuerdos políticos con los poderes locales de Bantam, Aceh, las Molucas, Banda, etc. En poco tiempo fueron creando una suerte de esfera de influencia propia en la Insulindia, llegando a contar con puertos propios y fortalezas, y con el apoyo de poblaciones locales que les garantizaban los suministros de especias. En 1602 las diversas compañías comerciales que operaban independientemente fueron unificadas en una compañía, la Compañía de las Indias Orientales (Vereenigde Oostindische Compagnie) o VOC. Con esta maniobra, los comerciantes pretendían disponer de más recursos y ser más eficientes, y el gobierno de las Provincias Unidas, con su apoyo material y económico a la compañía, esperaba dirigirla más cómodamente hacia sus intereses. La VOC pasó a convertirse *de facto* en una prolongación en ultramar del gobierno de las Provincias Unidas, siempre hostil a la monarquía. La forma de ejecutar las nuevas directrices fue clara: la VOC tenía órdenes de hacer la guerra a los ibéricos si dificultaban sus labores comerciales o sus relaciones con otros poderes locales.

El reinado de Felipe III (1598-1621) dio comienzo en un momento complejo. Por un lado, su padre había llegado a un acuerdo diplomático con Francia en 1598, pero el enfrentamiento con Inglaterra y con los Países Bajos se mantenía muy activo. En los primeros años del siglo, tras fracasar diversas tentativas contra Inglaterra, los gobiernos

⁵ VAN VEEN, ERNST: Decay or Defeat? an Inquiry into the Portuguese Decline in Asia 1580-1645, Leiden, Universiteit Leiden, 2000

de Felipe III y del monarca inglés Jaime I llegaron a un acuerdo de paz en 1604 (tratado de Londres)⁶. Tras su firma fue posible centrarse con más fuerza en el enfrentamiento con los Países Bajos, que ya no iban a contar con los fondos anglo-franceses para financiarse. En estas nuevas condiciones la monarquía inició una clara estrategia ofensiva en Flandes. Sin embargo, aunque tuvo algunos éxitos en las campañas inmediatamente posteriores, estos no fueron significativos y no sirvieron para inclinar la balanza hacía los intereses españoles⁷. Parecía cada vez más claro que la monarquía y el gobierno de las Provincias Unidas rebeldes tendrían que negociar un acuerdo. Esta idea empezó a calar en ambos bandos, que entendieron que los golpes militares a realizar debían estar enfocados a ganar una ventaja en la futura negociación.

En este escenario de bloqueo en Europa, la Monarquía Hispánica volvió su mirada sobre el sudeste asiático, a la vista de las ganancias, el prestigio y el poder que los mercaderes neerlandeses, amparados por su gobierno, estaban consiguiendo en Asia. La idea era que la expulsión de los holandeses de sus posesiones en Asia o incluso hacerles un daño considerable, podría convertirse en ese gran golpe que no se lograba en Europa. La monarquía había buscado activamente expulsar a los holandeses de Asia desde que iniciaron sus actividades comerciales de la región y en 1597 el *Estado da India* había organizado una expedición armada para disuadir a los poderes insulindios de comerciar con los holandeses, pero fracasó. En 1601 otra gran flota con las mismas intenciones fue derrotada por los holandeses en Bantam y finalmente en 1606 la más poderosa de todas, la dirigida por el propio virrey de la India, fue también derrotada estrepitosamente en Malaca⁸. Visto que los intentos hechos desde la India portuguesa no habían resultado eficaces, fue creciendo en la corte la idea de que los castellanos debían implicarse más, desde las Filipinas, en el conflicto contra los holandeses y lograr ese gran éxito que los lusos no habían obtenido. Las islas Molucas se vieron como el marco ideal para poner en marcha este nuevo plan de conquista. Estas islas, uno de los lugares de mayor interés para los neerlandeses, estaban relativamente cerca de las Filipinas y podían ser suministradas

⁶ SANZ CAMAÑES, PORFIRIO: Los ecos de la Armada. España, Inglaterra y la estabilidad del Norte (1585-1660), Madrid, Sílex, 2012.

⁷ GARCÍA GARCÍA, BERNARDO: La Pax Hispánica. Política exterior del duque de Lerma, Lovaina, Leuven University Press, 1996; ALLEN, PAUL: Felipe III y la Pax Hispánica, Madrid, RBA Coleccionables S.A., 2006.

⁸ MURTEIRA, ANDRÉ: A navegação portuguesa na Ásia e na rota do Cabo e o curso neerlandês, 1595-1625, Tesis Doctoral, Universidad Nova de Lisboa, Lisboa, 2016.

con relativa comodidad desde Manila, lo que iba a evitar los problemas derivados de la lejanía del centro de poder que los portugueses habían sufrido.

Este es el planteamiento con el que se inició la política asiática española de Felipe III. La función estratégica de las Filipinas había empezado a cambiar respecto a la de los últimos años del reinado de Felipe II, cuando era simplemente un **centro intermediario** del comercio con China.

PRIMERA PARTE. LA PRESENCIA NEERLANDESA EN ORIENTE Y LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA DESDE DE LAS FILIPINAS, 1600-1609.

La empresa de las Molucas, que se empezó a contemplar a inicios del siglo XVII, solo puede entender bien analizando sus antecedentes en las décadas finales del siglo XVI. Los portugueses llevaban asentados en las islas desde inicios del siglo XVI, cuando vencieron a los españoles en la pugna por las especias de los años 1510 y 1520. Durante la primera mitad del siglo su establecimiento en las Molucas proporcionó a la corona portuguesa valiosos beneficios provenientes del clavo. Sin embargo, entre los años 1560 y 1570 la monarquía se fue desentendiendo de este comercio en favor de otros negocios menos arriesgados⁹. El debilitamiento de su control sobre las islas se vio aumentado en los años 70 con el alzamiento del reino de Ternate, el más importante de la región, que forzó a los portugueses a desplazar sus fortalezas al vecino reino de Tidore. En una región tan lejana y cada vez más hostil al poder luso, la noticia de la unión ibérica acontecida en los años 80 fue recibida con gran esperanza por las autoridades portuguesas de Tidore, que pidieron a la cercana Manila ayuda para someter a los ternates. Desde Filipinas se enviaron hasta tres expediciones con ese propósito, y aunque no pudieron conseguirlo, sí que sirvieron para ayudar a sostener las posiciones lusas. En 1593 se organizó otra gran expedición, la más grande reunida en Filipinas, con casi 3.000 hombres, pero que también fracasó tras un alzamiento de los remeros de las naves, quienes mataron al gobernador de Filipinas y líder de la flota, Gómez Pérez Dasmariñas¹⁰. La experiencia de esas décadas no había sido exitosa, pues no había recuperado el control de Ternate, pero se había visto que había sido viable la organización de las fuerzas y su viaje a las Molucas. Además, los

⁹ DE SOUSA PINTO, PAULO JORGE: *Portugueses e malaios. Malaca e os sultanatos de Johor e Achém 1575-1619*, Lisboa, Fundação Oriente

¹⁰ NEWSOME CROSSLEY, JOHN: *The Dasmariñas. Early Governors of the Spanish Philippines*, London and New York, Routhledge, 2016.

agentes enviados a las islas habían proporcionado valiosa información sobre los ternates y se veía factible realizar una intervención exitosa en las islas en un futuro cercano¹¹.

A finales de los 90, los holandeses llegaron a las Molucas y abrieron tratos con los ternates, los cuales pidieron su apoyo contra los ibéricos. Los holandeses recibirían clavo y los locales armamento con el que mantener su fuerza en las islas y su independencia frente a los portugueses. Los holandeses fueron bienvenidos en las islas y pudieron establecer su primera factoría en 1599. Poco después otra expedición neerlandesa a las islas fue atacada por los portugueses de Tidore, lo que deterioró más sus relaciones, intensificándose el enfrentamiento entre ambos poderes en la región.

Paralelamente, en el último lustro de siglo XVI, las Filipinas venían sufriendo incidentes muy significativos. Los ternates habían ayudado a los piratas locales mindanaos en sus incursiones contra los pueblos aliados de los españoles en las islas. Además, en 1600 una expedición neerlandesa que había cruzado el océano Pacífico había llegado a Manila, obligando a movilizar una flota para su expulsión. Este enfrentamiento fue la primera batalla entre españoles y neerlandeses en Asia¹². Las Filipinas se veían amenazadas por dos poderes, que aunque diferentes, se coaligaban en el sur con el trasfondo de unas fuerzas portuguesas incapaces de hacerles frente. La idea de intervenir nuevamente en las islas Molucas volvía a hacerse presente en el inicio del siglo XVII.

Esta creciente sensación de amenaza llegó a América y Pedro de Acuña, el gobernador de Cartagena de Indias, que había sido nombrado nuevo gobernador de Filipinas, entendió la necesidad de dar algún tipo de respuesta. Sus objetivos pasaban por reforzar las islas, ampliando la escuadra de galeras disponible, para disuadir cualquier ataque bávaro futuro, y organizar una expedición a Ternate a fin de evitar nuevas incursiones y frenar los planes neerlandeses que se pudieran orquestar desde allí. Para buscar una mejor forma de proceder y de organizar estos proyectos, durante su estancia en México se reunió con diversas personas de gran conocimiento de las Filipinas, de las Molucas y de los recursos de ambas. Los informes de Acuña y sus consejeros viajaron a España, siendo recibidos en 1602 por los consejeros del rey junto con la diversa información procedente de Oriente.

¹¹ Relación de Gaspar Gómez a Pedro de Acuña: reino del Maluco, s.f. (copiada en 1602), AGI, Patronato, 46, R.24.

¹² MORGA, ANTONIO DE: *Sucesos de las islas Filipinas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2007

En la corte española se valoraron los planes de Acuña y se aprobó su puesta en marcha. Sin embargo, había una cuestión clave: las Molucas eran territorio portugués mientras que los ministros que estudiaban las propuestas de Acuña eran castellanos. Felipe III no quería un enfrentamiento entre reinos por esta cuestión y pidió una valoración conjunta del problema de las Molucas, pero las ideas de ambas partes parecían irreconciliables¹³. Los consejeros castellanos entendían que si se intervenía desde las islas Filipinas, como Acuña proponía, las Molucas debían pasar a estar bajo control castellano, pues política y militarmente tenía más sentido. Los portugueses no veían esta maniobra con buenos ojos y esperaban que Ternate retornase al control luso, aunque los castellanos la hubieran recuperado. Al final no hubo entendimiento y el rey optó por las posturas castellanas y a finales de 1602 aprobó la propuesta de Acuña¹⁴. Esta consistía en el envío de un contingente de tropas desde España a México donde se uniría a otro reclutado allí, y que ambos viajaran a Filipinas llevando recursos y dinero que permitiesen a Acuña formar una gran flota con la que conquistar Ternate.

Mientras tanto en Filipinas, el gobernador Acuña había iniciado su mandato ampliando la fuerza naval de las islas y realizando incluso pequeña expedición a las Molucas en 1603. Ese año los restos de la armada lusa derrotada en Bantam en 1601 habían llegado a Tidore para intentar conquistar la vecina Ternate. Al verse cortos de fuerzas habían pedido el apoyo de Manila, y Acuña les había enviado un destacamento de ayuda. Sin embargo y aun a pesar de esta ayuda castellana, el ataque conjunto fracasó y Ternate no fue conquistada¹⁵.

En el verano de 1605 llegó a Filipinas la noticia de aprobación de la empresa de las Molucas con el gran contingente de tropas novohispanas y españolas reunido en México durante el año anterior. Estas fuerzas, casi un millar, se unieron a las que Acuña había estado juntando en los últimos años. En total y para inicios de 1606 se habían reunido en Filipinas, para dirigirse a las Molucas, más de 3.000 hombres y más de una treintena de naves de diferente porte y condición¹⁶. Era una gran fuerza, la más grande

¹³ Consulta del Consejo de Indias, 13 de mayo de 1602, AGI, Filipinas, 1, N.40; Consulta sobre dificultades para reunir a la Junta de Guerra de Indias, 23 de mayo de 1602, AGI, Filipinas, 1, N.41; Consulta del Consejo de Indias, 2 de junio de 1602, AGI, Filipinas 1, N.42.

¹⁴ Consulta sobre urgencia de resolver lo de Terrenate, 12 de octubre de 1602, AGI, Filipinas, 1, N.46.

¹⁵ LEONARDO DE ARGENSOLA, BARTOLOMÉ: *Conquista de las islas Molucas*, Madrid, Ediciones Polifemo y Miraguano Ediciones, 1992.

¹⁶ Relación de buques, gentes, bastimentos conquista Terrenate, 12 de febrero de 1606, AGI, Patronato, 47, R.3.

nunca reunida, y desde el punto de vista de los líderes de la empresa una garantía de éxito. El plan del gobernador pasaba primero por recuperar el control de Ternate, el reino más importante y con una gran ascendencia sobre el resto de los poderes locales, y luego conseguir la fidelidad del resto de reinos. Con un firme apoyo de estos, Acuña confiaba en poder cortar el comercio del clavo a los holandeses, con lo que estos no tendrían interés en retornar a las islas. Por último, una vez asentados los españoles en las islas Molucas, esperaba poder dar el salto a las islas de Ambon y Banda donde los neerlandeses mantenían tratos y fuerzas destacadas¹⁷. En unos pocos años las islas especieras se podrían blindar al paso báltavo y con ello asestar un gran golpe a su economía y prestigio ultramarino.

Con este plan en mente, a inicios de 1606 Acuña zarpó con su armada hacia Ternate e inicialmente consiguió un gran éxito pues su fortaleza principal y hogar de su rey fue conquistada rápidamente y sin apenas bajas¹⁸. Se pudo capturar al monarca y conseguir su rendición, así como un juramento de fidelidad que realizó junto el resto de los poderes de las islas. Tras este lance, el grueso de las fuerzas de Acuña retornó a Manil, dejando una guarnición en las islas para controlar el terreno y vigilar a los locales. Sobre el papel, para la primavera de 1606 todos los poderes de las islas Molucas se habían declarado vasallos de Felipe III haciendo de este el señor nominal de la región. Sin embargo, esta soberanía como tal tenía poco valor, pues la reputación por sí misma no la garantizaba. Era necesario que los españoles pudieran sostener ese juramento mostrando su fuerza, como se verá enseguida.

Los últimos rebeldes ternates, refugiados fuera de la isla, habían recibido el apoyo varias embarcaciones de la VOC, haciendo difícil que la guarnición española les derrotase. El fracaso español para sofocar este nuevo alzamiento resultó clave, pues gran parte de los ternates se fueron uniendo a estos rebeldes¹⁹. En 1607 se produjo otro gran golpe, cuando una nueva flota holandesa apareció en las islas y pudo establecer una fortaleza propia en Ternate, Malayo. Con esta plaza la VOC no solo pudo contar con su propio centro de operaciones en las islas, sino que facilitó la consolidación de los rebeldes en su propia isla. De hecho, estos eligieron a un nuevo rey para sustituir al anterior,

¹⁷ Carta de Acuña sobre la jornada del Maluco, 1 de julio de 1605, AGI, Filipinas, 7, R.1, N.23.

¹⁸ LEONARDO DE ARGENSOLA, BARTOLOMÉ: *Conquista de las islas Molucas*, Madrid, Ediciones Polifemo y Miraguano Ediciones, 1992

¹⁹ Carta de Juan de Esquivel al Rey: progresos islas del Maluco, 31 de marzo de 1607, AGI, Patronato, 47, R.22.

enviado como rehén a Manila. Para 1607 ya había un reino ternate nuevamente alzado y colaborando activamente con los bátavos en el comercio del clavo. Al año siguiente una nueva armada de la VOC apareció y consiguió expulsar a los españoles de otras islas de la región y establecer sus propias guarniciones²⁰. Esto se repitió en 1609 y los españoles fueron quedando cada vez con menos posiciones fuertes, pero sobre todo con menos apoyos locales. Este hecho obviamente minaba su capacidad para cerrar a los holandeses el acceso al clavo, que ganaban apoyos conforme más poderosas flotas llegaban desde Europa y se hacían con el control de las aguas, lo que les facilitaba aún más el acceso a la especia.

Los españoles no estaban respondiendo adecuadamente porque no estaban poniendo en juego los recursos suficientes. El plan del gobernador Acuña para negar a los bátavos el acceso a las islas se basaba en contar con el apoyo de los molucos, y cuando este falló no fue posible revertir la situación. Tras el éxito inicial de la conquista de Ternate se organizó un socorro desde Filipinas, destinado a recomponer las bajas de la jornada y los recursos gastados. Este no fue muy nutrido, pero de acuerdo al plan original esto no era importante, pues las tropas españolas se iban a apoyar en las locales en su pugna contra los holandeses. Sin embargo, los hechos no transcurrían según lo planeado y no hubo una respuesta alternativa clara a estos socorros.

Desde la llegada de los españoles a Filipinas, en las naves que viajaban desde Acapulco a Manila la Caja Real novohispana siempre se remitía una ayuda económica destinada a solucionar los problemas del lejano territorio²¹. La cantidad de dinero así como las tropas y demás recursos financiados por Nueva España, se estimaban en base a las necesidades de las islas. En un momento difícil podía requerirse más dinero y tropas, pero en un periodo de tranquilidad, podía no requerirse nada significativo. Con este planteamiento se llegó al gobierno de Pedro de Acuña, quien conforme vio necesarios más recursos para la defensa fue pidiéndolos a México, que aumentó en gran medida los socorros enviados a Manila. La fuerza remitida a las Filipinas en 1605 para la empresa de las Molucas supuso el mayor envío de dinero, tropas y recursos hasta el momento, siendo además un éxito en su organización. Tenía sentido insistir en este sistema, que aunque no

²⁰ Carta de Rodrigo de Vivero al Rey: conquista de Maquien, 25 de agosto de 1608, AGI, Patronato, 47, R.27.

²¹ ALONSO ÁLVAREZ, LUIS: «La ayuda mexicana en el Pacífico: socorros y situados en Filipinas, 1565-1816» en MARICHAL, CARLOS Y VON GRAFENSTEIN, JOHANNA (coords.): *El secreto del imperio español: los situados coloniales en el siglo XVIII*, México D.F., Ed. El Colegio de México, 2012.

era barato, había conseguido sostener bien a las islas. Sin embargo, cuando la VOC empezó a movilizar grandes flotas para salvaguardar sus intereses en las Molucas y lidiar con los españoles, estos no pudieron responder. Se necesitaba una respuesta más fuerte que contase con el beneplácito del rey, y además más recursos desde España. Esto se presumía complicado dada la enorme distancia con la corte, donde el rey tenía que valorar cualquier opción y aprobarla en el contexto del gran número de frentes a los que se tenía que atender. Por el contrario, para los holandeses las Molucas eran una posición clave desde hacía años y desde el momento en que se vio amenazada por los españoles hubo un importante y decidido incremento de los recursos movilizados para la región. Esencialmente el sistema de socorros ideado por los españoles para las Molucas permitía surtirlos del dinero, hombre y recursos que la guarnición pudiera necesitar para recuperar sus bajas y vigilar a los molucos, pero no podía competir con las grandes fuerzas que una escuadra de la VOC podía emplazar sobre el terreno.

Cuando entre 1608-1609 desde Manila se vio claro que no se podía realmente conseguir recuperar el control de las islas, dañar o expulsar a los holandeses, estos ya estaban bien fortificados y asentados. Desde Manila sus oficiales expusieron la necesidad de buscar una respuesta armada acorde a las fuerzas que la VOC desplegaba, es decir, enviar una gran flota de guerra. Sin embargo, sobre esas fechas en Europa ya se estaba llegando a un acuerdo con los holandeses para firmar una tregua, por lo que abrir la mano a operaciones armadas parecía arriesgado.

A finales de 1606 se produjeron los primeros acercamientos diplomáticos entre la monarquía y los neerlandeses, y con ciertos vaivenes se alcanzó un alto el fuego temporal en 1607, y finalmente en abril de 1609 se firmó una tregua por doce años²². En este acuerdo fue reconocida la independencia de las provincias rebeldes, que mantendrían el protestantismo, pero la cuestión ultramarina, la más sensible e importante para los intereses españoles, no quedó resuelta. Ni los españoles iban a ceder en sus aspiraciones de mantener el monopolio ultramarino ni los neerlandeses tenían intención de abandonar sus posiciones en Asia, más aún cuando en los últimos años habían conseguido defenderlas y ampliarlas con éxito. La falta de acuerdo para ultramar y la necesidad de llegar a un entendimiento para parar la guerra en Europa condujo a la redacción de una ambigua cláusula sobre la cuestión ultramarina que cada bando podía interpretar

²² ESTEBAN ESTRÍNGANA, ALICIA: «La Tregua de los Doce Años: fracaso del principio de reunión pactada de los Países Bajos bajo el dominio de los Archiduques», *Pedralbes*, 29, 2009.

conforme a sus intereses. Esto permitía llegar a la paz en Europa, pero dejar abierto el enfrentamiento en Asia²³. Es decir, ambos contendientes cerraban el frente que deseaban cerrar y sobre el que se había producido un entendimiento, pero mantenían abierto el frente asiático, donde ambos esperaban alzarse victoriosos y conseguir sus objetivos finales. De un lado, la expulsión de los holandeses y del otro, el establecimiento del lucrativo monopolio comercial asiático.

Para la década que nacía, la nueva situación fijaba un escenario muy abierto para la monarquía. Libre de los gastos de la guerra en Flandes, Madrid podía plantearse realizar acciones más ambiciosas en oriente. Por otro lado, este espacio podía mantener su interés estratégico pues los acuerdos firmados eran temporales y no definitivos, y transcurridos doce años habría que sentarse a negociar nuevamente. En ese tiempo se podría llegar a doblegar a los bátavos, ahora sí, en unas nuevas y ventajosas condiciones o retomar la guerra con ventaja. Con esta perspectiva se habría pasado la segunda década del siglo XVII y la segunda etapa de la política oriental del reinado.

SEGUNDA PARTE. TOMANDO LA INICIATIVA: LOS GRANDES PROYECTOS OFENSIVOS CASTELLANOS EN EL SUDESTE ASIÁTICO, 1610-1616

El gran protagonista de esta fase fue el nuevo gobernador de las Filipinas, Juan de Silva, quien en 1609 llegó a las islas para sustituir a Acuña. Silva era un hombre ambicioso, pero a la vez realista. Con gran visión, Silva estimaba que la amenaza holandesa era importante en el presente, pero se iba a tornar crítica en un futuro no muy lejano, y veía necesario responderla de una forma mucho más directa que años atrás. Silva consideraba que si la VOC se hacía con el completo control de las Molucas gozaría de total libertad para dirigir sus actividades al noreste, a las aguas de China y Japón, y podría hacerse con el control del valioso comercio de la región. De conseguirlo, la compañía no solo tendría un enorme incremento de sus beneficios, sino que estrangularía económicamente de las Filipinas, pues sin el comercio con China perderían atractivo para los españoles. De esta forma españoles quedarían fuera de juego de Asia y con ello la

²³ MURTEIRA, ANDRÉ. «El impacto de la Tregua de los Doce Años en los dominios ultramarinos portugueses», en BERNARDO, GARCÍA GARCÍA, HERRERO SÁNCHEZ, MANUEL Y HUGON, ALAIN (eds.): *El arte de la prudencia. La tregua en la Europa de los pacificadores*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2012.

VOC ya no tendría oponentes en la zona y disfrutaría de una libertad total incluso para circular libremente por el Pacífico y alcanzar el litoral americano. Para Silva era necesario actuar contra los holandeses rápidamente y de forma contundente, antes de que se hicieran con el completo control de las Molucas y expulsasen a los españoles²⁴.

El gobernador fue ideando una estrategia para lidiar con la VOC. En primer lugar, planteaba crear una poderosa armada de guerra en Asia. Esta debía estar compuesta por navíos filipinos, construidos y tripulados por personal de las islas, y por una escuadra procedente de la India portuguesa. Es decir, buscaba formar una gran armada con recursos y hombres de las dos administraciones originales de la monarquía. Con esta armada de 12-14 galeones esperaba destruir las naves holandesas que solían operar en las islas y sus fuertes. La otra parte del plan de Silva pasaba por dirigirse al oeste, a Java, el otro gran centro de poder de la VOC, y hacer lo mismo con las naves y plazas que allí tuviera. Para esto esperaba contar con la ayuda que le llegase de España, a la que pedía le remitiese una flota de socorro con varios galeones, tropa y marinería. Con esa flota aun mayor, no solo podría expulsar a la VOC del oeste de Insulindia sino asegurar que ninguna otra escuadra que la compañía enviase en los años siguientes pudiese acceder al clavo. También esperaba apoyarse en un sistema de fortificaciones que confiaba construir en los diferentes estrechos de acceso desde el Índico (Singapur, Sonda, Bali, etc...). De este modo cerraría definitivamente el paso a los comerciantes bátavos y sería la monarquía la que quedaría en ventaja y ostentaría el poder en esa próspera y rica región que el rey podría explotar cómodamente²⁵. El plan de Silva era enormemente ambicioso, al igual que sus objetivos, pues esperaba neutralizar a la VOC y posteriormente controlar Insulindia para la monarquía. En la medida de sus grandes metas estaban los recursos que Silva esperaba movilizar, y que requerían de la colaboración de Goa, Manila, y México, e incluso de España. Era un plan enormemente complejo de realizar, pero que de salir adelante tendría enormes repercusiones. A partir de 1610, Silva empezó a movilizarse para poner en marcha su idea. Ordenó fabricar navíos a la par que envió correspondencia a Goa y Madrid para que apoyasen sus planes. Esperaba poder unirse con la flota portuguesa a finales de 1611 o inicios de 1612 y tras ello iniciar su jornada en las Molucas.

A finales de 1610, poco después de los primeros pasos de su proyecto, le surgió una gran oportunidad. Por un lado, recibió informes de la debilidad bátava en las Molucas

²⁴ Carta de Juan de Silva al rey, 16 de julio de 1610, AGI, México, 2488.

²⁵ Carta de Juan de Silva al rey, 16 de julio de 1610, AGI, México, 2488.

ese año y por otro supo de la existencia de una flota portuguesa de seis galeones en Macao. Silva pensó en aprovechar la debilidad enemiga y lanzar esa flota junto con los navíos que tenía operando²⁶. En septiembre de 1610 envió una delegación a Macao a fin de hacerse con esos galeones, pero no tuvo éxito. Este fiasco obligó al gobernador a retomar su plan inicial de formar fuerzas y conseguir refuerzos, o intentar algo con sus propios medios y así aprovechar la debilidad holandesa. Silva optó por lo último y en los siguientes meses buscó apurar sus medios para lograr reunir la mayor fuerza posible. Finalmente consiguió una escuadra poderosa, pero menor a la movilizada por Acuña en 1606, y en febrero de 1611 puso rumbo a las Molucas.

Allí el resultado fue escaso, pues Silva no tenía capacidad ni para realizar un ataque directo a las plazas neerlandesas ni para sitiarlas con comodidad, antes de que recibieran refuerzos de una VOC ya alertada. Al final Silva se conformó con reforzar la guarnición de las islas antes de retornar a Manila con el grueso de las tropas²⁷. El resultado de su jornada demostró al gobernador que debía seguir su plan a conciencia, es decir, asegurar una gran armada y la colaboración portuguesa, lo que esperaba conseguir a finales de 1613 o inicios de 1614. Por otro lado, consciente de las dificultades de traer de España galeones, vio necesario aumentar la escuadra que quería reunir en Asia a unos 20 galeones²⁸.

Mientras esto sucedía en Asia, en Madrid acababan de recibirse los informes de Silva y sus planes para crear una gran flota. La Junta de Guerra de Indias valoró positivamente esta operación, pero no vio necesario implicar los recursos españoles, es decir entendía que Manila y Goa podrían aprovisionar una fuerza grande capaz de expulsar a los holandeses de las Molucas²⁹. Esta respuesta llegó a Manila en 1612 cuando Silva ya estaba embarcado en el rearme. El gobernador había reunido cinco galeones y estaba en proceso de construir cuatro o cinco más en las islas. Esperaba recibir en los socorros mexicanos dinero y hombres para poder equipar y tripular estos navíos. Había enviado embajadas a Macao y Japón para comprar bastimentos, pólvora y municiones para la artillería. También envió a Goa una embajada para convencer al virrey de la India de que le cediese una gran escuadra, diez galeones idealmente.

²⁶ Carta de Juan de Silva sobre los holandeses y el Maluco, 5 de septiembre de 1610, AGI, Filipinas, 20, R.4, N.38

²⁷ Carta de Juan de Silva al rey, 20 de agosto de 1611, AGI, México, 2488.

²⁸ Carta de Juan de Silva al rey, 20 de julio de 1612, AGI, México, 2487.

²⁹ Consulta sobre lo que escribe Juan de Silva, 20 de mayo de 1611, AGI, Filipinas, 1, N.134.

Desde Goa el virrey, aunque tenía intención de colaborar con Silva, argumentaba que tenía muchos frentes que atender lo que hacía imposible organizar una flota en las condiciones que Silva demandaba y pidió más tiempo³⁰. En Manila se había tenido más éxito reuniendo una escuadra de galeones grandes, pero con los sempiternos problemas de equipamiento y tripulación. El golpe definitivo fue no recibir las municiones y bastimentos necesarios para la artillería que debían llegar de Japón. Ante esta situación el gobernador decidió posponer la movilización de la armada hasta finales de 1615 o inicios de 1616 y así completar su armada en mejores condiciones y asegurarse los necesarios apoyos externos.

Mientras Silva estaba preparando su armada, entre 1612 y 1613, en Madrid se estaba produciendo un cambio importante en la forma de ver el conflicto en Asia. Tras haber aprobado los planes de unión de armadas en Asia, se constató que los holandeses estaban enviando nuevas y potentes flotas a la región. Viendo que esto podía ser un gran problema para Silva, Madrid decidió aprobar un socorro extraordinario y directo a las Filipinas desde España³¹. Esta armada sin embargo no estaba destinada a ser uno de los grandes apoyos del gobernador en sus planes en oriente, ya que era una fuerza pequeña, con un valor esencialmente defensivo. Esta escuadra abría la puerta a la conexión directa Sevilla-Manila, y con ello la posibilidad, o así lo veían los comerciantes sevillanos, de comerciar directamente con los mercados asiáticos, sin depender de Nueva España, desde donde llegaban los productos orientales a Europa³².

Tras una compleja preparación, la flota zarpó de España a inicios de 1613 con la esperanza de llegar Manila a finales de año. Sin embargo, el viaje fue un desastre, perdiéndose parte de los navíos por el camino y arribando muy tarde los que alcanzaron su destino. El cuerpo principal llegó en verano de 1614 y otro de los navíos un año después. El resultado fue una operación, que aun con objetivos poco ambiciosos, no fue capaz de cumplirlos con éxito.

Poco después de haber enviado este socorro, en Madrid se conoció que las cosas en Manila no estaban yendo según lo esperado, pues Silva no había conseguido la deseada

³⁰ Copia de la carta del virrey Jerónimo de Azevedo enviada a Juan de Silva, 2 de mayo de 1613, AGI, México, 2487.

³¹ Consulta de la Junta de Guerra de Indias sobre el socorro de Filipinas, 10 de agosto de 1612, AGI, México, 2487

³² CENTENERO DE ARCE, DOMINGO: «La política asiática de Felipe III: Los intereses cruzados de los socorros a Filipinas (1610-1624)», *Historia*, 52 (2), 2019.

escuadra ni la colaboración de Goa. El rey y sus ministros vieron la necesidad de una mayor participación, y aunque desde la Junta de Guerra de Indias se presionó para aceptar el plan de Silva y enviar una gran flota desde España, el rey decidió afianzar la colaboración oriental, enviando instrucciones al virrey de la India y al gobernador Silva para fijar como objetivo prioritario común la creación de la armada conjunta³³. Se esperaba así que Goa se dedicase a esta empresa completamente, tal y como Silva lo estaba haciendo.

Estas instrucciones del rey se emitieron a finales de 1614 y llegaron a Manila en julio de 1615, es decir en los últimos meses de la preparación de la armada de Silva. Durante el último año y medio el gobernador había ampliado su escuadra, pues había juntado diez grandes galones, además de otras embarcaciones como galeras o pataches, y estaba reuniendo una importante cantidad de soldados, marineros y demás personal para la escuadra, alcanzando los 5.000 hombres³⁴. Era, por tanto, la fuerza de combate más grande nunca reunida en Manila.

Mientras estos preparativos sucedían en Filipinas, la embajada enviada a final de 1614 a la India había tenido más éxito esta vez pues había conseguido una respuesta del virrey. Este iba a enviar a Silva cuatro galeones y 400 soldados en una flota que debía llegar a Manila a finales de 1615³⁵. No era la gran flota deseada por Silva, pero era un socorro poderoso, y con 14 galeones era posible formar una armada formidable y similar a las grandes flotas que la VOC desplegaba en las Molucas. Sin embargo, la flota lusa nunca llegó a su destino pues el viaje entre Goa a Malaca fue más lento y difícil de lo habitual, lo que desgastó mucho a los barcos y sus tripulantes, que hubieron de invernar para rearmarse. Esto hizo que su viaje a Manila se retrasase y solo pudieran llegar allí para inicios de 1616. Mientras la armada lusa invernaba en Malaca, esta ciudad fue atacada por dos escuadras, primero una del sultanato de Aceh, enemigo tradicional del *Estado da India*, y posteriormente por una fuerza neerlandesa. Al final la flota portuguesa fue destruida y con ello desapareció la esperanza de unir las armadas ibéricas³⁶.

³³ Orden de Expulsar a los holandeses, 30 de diciembre de 1614, AGI, Filipinas, 329, L.2, F.186V-187V.

³⁴ COLIN, FRANCISCO: *Labor Evangélica de los obreros de la Compañía de Jesús en las Filipinas Parte primera*. Tomo III (editada por Pablo Pastells)., Barcelona, Imprenta y litografía de Henrich y Compañía, 1902.

³⁵ Carta de Juan de Silva al rey, 27 de julio de 1615, AGI, México, 2488.

³⁶ BORSCHBERG, PETER: «Security, VOC Penetration and Luso-Spanish Co-Operation: The Armada of Philippines Governor Juan de Silva in the Straits of Singapore, 1616» en BORSCHBERG, PETER (Ed.): *Iberians in the Singapore-Melaka Area and Adjacent Regions (16th to 18th Century)*, Wiesbaden, Harrassowitz-Verlag, 2004,

Mientras esto sucedía en Malaca, en Manila el gobernador supo de la necesidad de invernar de la escuadra portuguesa y por ello su retraso en llegar a las islas e iniciar su jornada a inicios de 1616, como había pensado inicialmente. Silva, sabedor de que iba a tener que esperar otro año si quería contar con las fuerzas lusas, cambió sus planes y salió a su encuentro. Es decir, deseaba movilizar su escuadra hacía Malaca, desde allí juntarse con la portuguesa para atacar juntos a la VOC, primero en Java para luego dirigirse a las Molucas³⁷. De este modo podían empezar las operaciones y no permanecer esperando en Manila, exponiéndose al desgaste que esto conllevaba. A inicios de 1616 y sin conocer la destrucción de la flota lusa, Silva partió para Malaca con su gran flota.

La formación de este gran contingente había tenido consecuencias negativas para las islas y estas se empezaron a poner de manifiesto en ese momento. Lo primero fue el enorme descontento de muchos oficiales de la ciudad ante el hecho de que la armada saliese de Manila³⁸. Al haber acumulado tal cantidad de hombres, medios y navíos requeridos para la flota, las islas se habían quedado prácticamente vacías de defensas y los oficiales tenían miedo de esta indefensión. También decían que la armada, a pesar de su gran fuerza, mostraba carencias importantes pues gran parte de su personal no eran auténticos marineros, artilleros o soldados (de los que había pocos), y auguraban problemas de entrar en combate. Añadían que los barcos también iban escasos del aparejo necesario para su óptima navegación. Es decir, que temían no solo la carencia de defensa de las islas, sino que las propias fuerzas acabasen derrotadas si se enfrentaban a la VOC. Pedían más paciencia al gobernador y usar el año de espera para robustecer la armada y dar tiempo a la flota portuguesa a unirse y formar así la gran flota que pudiese cumplir lo marcado por el rey en sus órdenes.

El gobernador Silva tenía una diferente opinión pues, aunque sabía de las carencias de sus fuerzas, entendía que era un riesgo asumible respecto al que se producía si se esperaba otro año más³⁹. En primer lugar, consideraba que sus fuerzas, aunque con carencias, eran superiores a las que la gran mayoría de flotas de la VOC pudieran reunir y podría lidiar con los problemas que se diesen. Por otro lado, si se movilizaba a Malaca podía forzar a los lusos a meterse de lleno en la guerra, pues temía que tras el viaje desde

³⁷ SALVÁ, MIGUEL Y MARQUES DE MIRAFLORES (eds.): *Colección de documentos inéditos para la Historia de España Tomo LII*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Calero, 1868

³⁸ Carta de Andrés Alcaraz al rey, 28 agosto de 1616, AGI, México, 2488.

³⁹ Parecer de Juan Manuel de la Vega. Imprenta de Manila, 4 de febrero de 1616, AGI, Filipinas, 20, R.21, N.154.

Goa, su armada hubiera quedado dañada y temieran arriesgarla viajando a Manila. El punto decisivo para iniciar su jornada en esos momentos era que la espera un año más en Manila supondría un coste enorme, no solo económico sino también humano y material. Reunir la armada había sido muy difícil, y las islas llevaban inmersas en un proceso de preparación y acopio de material desde hacía cuatro años, lo que había causado problemas entre la población. Por ejemplo, mucha gente del personal de la flota había huido, temiendo ser embarcada. Por tanto, un año más de espera podía resultar letal para la armada, que podría perder parte del personal y deshacerse con ello la flota. La visión de esta posibilidad hizo que Silva decidiera zarpar de forma inmediata, lo que ocurrió en febrero de 1616.

La gran flota llegó a Malaca unas semanas después y allí el gobernador supo que la flota lusa había sido destruida y que la armada de la VOC, uno de sus principales objetivos, había abandonado la zona. Consciente de su delicada situación y esperando conseguir más medios para sus fuerzas, el gobernador se dirigió a puerto para reunirse con sus autoridades, pero allí enfermó y murió⁴⁰. La muerte del gobernador supuso un enorme varapalo para la armada, pues el liderazgo de la flota había pivotado sobre su persona. Silva había movido todo el proyecto durante años, tanto en las islas como fuera de ellas, y sin su figura no parecía haber nadie capaz de ser sustituida. Los oficiales de la armada decidieron retornar a Manila, y esto sucedió en el momento justo, pues escasas semanas antes y tal y como habían temido los oficiales de la Audiencia, una nueva escuadra de la VOC había aparecido en Manila dispuesta a un nuevo ataque, pero se había retirado creyendo que la gran fuerza de Silva se había dirigido a las Molucas.

Paralelamente a la fallida jornada de Silva, en España se estaban produciendo importantes cambios, pues desde 1615 la Junta de Guerra venía presionado al rey para que enviase una gran armada a Filipinas, tal y como Silva había pedido en 1610. El rey volvió a mostrarse reacio, considerando que Manila y Goa eran capaces de afrontar la situación, pero tras conocerse los problemas de la India para armar una fuerte escuadra, el rey aceptó y a inicios de 1616 se aprobó el envío de una gran armada de diez navíos y casi 3.000 hombres para reforzar las Filipinas⁴¹.

⁴⁰ Informe de Alonso de Flores sobre Filipinas, 22 de agosto de 1617, AGI, México, 2488. Carta de Juan de Silva al rey, 27 de julio de 1615, AGI, México, 2488.

⁴¹ Respuesta a Juan de Silva sobre asuntos de guerra y gobierno, Madrid 28 de marzo de 1616, AGI, Filipinas, 329, L.2, F.189V-193V.

La preparación de este socorro fue un proceso desastroso, pues no había dinero suficiente para hacer frente a los pagos de sueldos, bastimentos y equipos, pero sobre todo porque faltaban marineros. En España eran escasos y dado que el destino eran las lejanas islas Filipinas, los pocos que había disponibles rehuyeron su recluta. El socorro destinado a partir en invierno de 1616 fue retrasado hasta otoño al ver que su organización no podía finalizarse con éxito. Sin embargo, cuando en verano volvió a activarse la empresa los problemas se repitieron: dificultad para conseguir el dinero, escasez marineros y necesidad de reclutarlos a la fuerza o de lugares lejanos, lo que también incrementaba el coste. En diciembre, fecha poco recomendada para la salida del viaje, la flota ya estaba lista pero el rey justo antes de zarpar decidió enviarla junto a otras armadas que estaban agrupadas en el estrecho de Gibraltar con el objetivo de impedir el acceso al Mediterráneo a una escuadra neerlandesa⁴². Esta operación no solo no consiguió su objetivo, sino que desgastó a la flota de filipinas: sus bodegas se habían vaciado durante la estancia en el estrecho y dos galeones habían quedado fuera de servicio. Era necesario acometer un gran gasto para rehacerla a tiempo de salir en su viaje. El rey consciente del gran desembolso ya hecho, del que había que hacer y del riesgo de que todo saliese mal, decidió primero posponer el viaje y poco después redirigir los recursos a otros frentes, quedando la flota de socorro de las Filipinas cancelada en la primavera de 1617.

Entre 1616 y 1617 Goa, Manila y Madrid habían tenido problemas que de una forma u otra habían impedido reunir los recursos de la armada. El daño era aún mayor de lo que hubiera sido de no haber podido juntarse, pues una de las escuadras había sido destruida, otra muy dañada por el viaje y otra desmovilizada sin haber salido de España, y además había supuesto un gran coste para la Hacienda Real. Haciendo balance desde Madrid, los resultados de las acciones contra la VOC desde la tregua habían sido un fracaso. Se habían movilizado recursos, dinero y hombres desde múltiples frentes, sin resultados, y ahora la fecha de expiración de la tregua estaba cada vez más cerca. Cada vez parecía más claro que la mejor forma de abordar el conflicto con los holandeses era a través de Europa, donde tradicionalmente la monarquía lo había intentado.

TERCERA PARTE. REPLIEGUE Y AJUSTE DEFENSIVO EN LA GOBERNACIÓN FILIPINA, 1617-1625.

⁴² GIL, JUAN: *Mitos y utopías del descubrimiento Vol.2. El Pacífico*, Sevilla, Athenaica, 2018,

Tras la vuelta a Manila desde Malaca, la maltrecha armada filipina tuvo poco tiempo para rehacerse porque a finales de 1616 una nueva flota de la VOC volvió a aparecer en la ciudad, bloqueando su bahía. En los siguientes meses, mientras la escuadra neerlandesa capturaba las embarcaciones chinas que llegaban a Manila, las fuerzas españolas se prepararon reclutando nuevos hombres, reparando navíos, fundiendo artillería etc. En abril de 1617 la flota defensora estaba lista para salir al combate y esto sucedió con resultado favorable para las fuerzas españolas, que consiguieron una notable victoria. La escuadra neerlandesa tuvo grandes bajas y los supervivientes se replegaron a las Molucas⁴³. Esto fue un éxito para las armas españolas, el mayor contra los holandeses en Asia, pero no fue un golpe decisivo porque la VOC aún mantenía múltiples naves desplegadas por la región. Además, la flota española meses más tarde fue destruida completamente por un gran tifón cuando marchaba a ser reparada a los astilleros de las afueras de Filipinas⁴⁴.

La pérdida de la armada fue una auténtica catástrofe, pues aunque tuviese carencias constituía un activo clave para los españoles, tanto para la defensa de las islas como para relanzar cualquier proyecto ofensivo en el futuro. Por otro lado, la posibilidad de construir una nueva gran flota resultaba completamente imposible, pues el gasto tanto económico como social de reunir la anterior flota había sido enorme para las islas. El gobernador Silva había exprimido al máximo los recursos de las islas, suficientes para mantener una escuadra moderada, pero claramente insuficientes para la enorme flota aprestada por Silva. La Caja Real tuvo que pedir muchos préstamos, adeudar muchas pagas y requisar gran cantidad de materiales. El caso de los trabajadores filipinos fue el más grave, pues no solo no fueron pagados correctamente, sino que la dureza de los trabajos hizo que muchos de ellos falleciesen o decidiesen huir tierra adentro, fuera del alcance de las autoridades españolas. Es decir, que los años de construcción de la armada supusieron una enorme presión en las islas en todos los sentidos, por lo que retomar algo parecido resultaba completamente impensable. Paralelamente al naufragio de la armada llegó a las Filipinas la noticia de la cancelación del tan esperado gran socorro directo desde España, sin fecha para retomar.

⁴³ DE MADRID, MANUEL: *Relación verdadera de la gran victoria que el Armada Española de la China tuvo contra los holandeses...*, Sevilla, imprenta de Francisco de Lyra, 1618.

⁴⁴ Carta de Alonso Fajardo de Tenza sobre asuntos de gobierno, 10 de agosto de 1618, AGI, Filipinas, 7 R, 5 N.53.

Las islas Filipinas se veían sin armada propia, sin refuerzos desde España y tampoco esperaban contar con los portugueses, pues el *Estado da India* no tenía capacidad para organizar una gran armada. Las islas solo podían disponer de los refuerzos novohispanos, que llegaban cada año pero eran insuficientes para reactivar cualquier proyecto ofensivo. Estaba claro que ni por medios disponibles ni por voluntad era posible plantear un plan similar al que Silva había ideado a inicios de la década. En 1618 llegó a Filipinas el nuevo gobernador, Alonso Fajardo de Tenza, que iba a haber sido el general del gran socorro directo de 1616, y que por lo tanto ya sabía de su cancelación y de las directrices que Madrid había enviado para que se procurase guardar las islas con los medios propios ajustándose a los recursos que había. Al menos momentáneamente, Madrid aprobaba únicamente la defensa de las posesiones existentes.

En 1618, un año después de cancelar el gran auxilio directo, en la corte se empezó a afianzar la posición respecto a Filipinas ya anticipada un año antes: no se enviaría ningún gran refuerzo a las islas y no se reactivaría una estrategia ofensiva en el sudeste asiático. En esos momentos en Madrid estaban sucediendo cambios políticos importantes, entre ellos la salida del duque de Lerma y de sus afines de los puestos de poder e influencia. Lerma había controlado el gobierno desde hacía veinte años y había estado detrás de los diferentes acuerdos diplomáticos firmados durante el reinado de Felipe III. Entre 1617 y 1618 había crecido entre otro grupo de consejeros y nobles un sentimiento de rechazo a las políticas de Lerma, que según ellos eran las causantes de la debilidad internacional de la monarquía y su pérdida de reputación. La salida de Lerma supuso la llegada de la facción que deseaba retomar una línea más dura contra sus enemigos, neerlandeses particularmente, lo que implicaba volver a concentrar esfuerzos en Europa⁴⁵. Una de sus prioridades era robustecer las relaciones con el Imperio (dirigido por la otra rama de los Habsburgos), debilitadas durante los años previos y que se entendían claves para resolver el problema neerlandés. Es decir, deseaban reorientar los intereses de la monarquía y enfocarse en las cuestiones europeas de forma prioritaria. Esto, desde la óptica del conflicto con Flandes, venía a ser la búsqueda de la derrota neerlandesa nuevamente en Europa, lo cual, a tan solo tres años de la expiración de la tregua, suponía un cambio importante de política. En lo relativo a las Filipinas, la preocupación fue

⁴⁵ ELLIOT, JOHN: *El conde-duque de Olivares*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998; GONZÁLEZ CUERVA, RUBÉN: *Baltasar de Zúñiga. Una encrucijada de la monarquía hispana (1561-1622)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2013; ISRAEL, JONATHAN: *La república holandesa y el mundo hispánico 1606-1661*, San Sebastián, Nerea, 1997.

nuevamente recordar al gobernador la necesidad de ajustarse a los medios existentes y buscar un mejor aprovechamiento de los recursos propios para depender menos de los novohispanos.

Habría que esperar a 1619, momento en el que se supo de la destrucción completa de la flota en Filipinas, a que Madrid abriera la mano a un nuevo socorro directo a las Filipinas⁴⁶. Sin embargo, esta flota era menos poderosa que la proyectada tres años atrás, pero sobre todo tenía el objetivo de reforzar a las islas, pero no reactivar un gran proyecto de armada ofensiva como el de Silva. El rey aprobó la operación y nuevamente la maquinaria de la monarquía se puso a trabajar en su formación en la que, como sucedió en 1616, hubo múltiples problemas. La ausencia de dinero disponible fue constante y hubo muchas dificultades para encontrarlo, y una vez más la escasez de marineros fue el principal condicionante. Al igual que en 1616, el socorro de 1619 se pospuso una primera vez en invierno para poder realizarse en otoño, y cuando llegó ese momento la flota seguía sin estar preparada. Habría que esperar hasta diciembre de 1619, una fecha poco conveniente para salir de España, para tener todo dispuesto. La flota zarpó de Cádiz a finales de diciembre, pero a inicios de enero de 1620 fue golpeada por un fuerte temporal, que destruyó algunos navíos y ahogó a gran cantidad de gente, lo que forzó a volver a puerto a los barcos supervivientes⁴⁷. Nuevamente el socorro directo de Filipinas fracasaba y quedaba en el aire qué hacer con él.

Mientras en España se organizaba esta armada, en Manila Fajardo trabajaba para defender las islas, buscando el mejor aprovechamiento de los medios propios y sin presionar en exceso los recursos de las islas. El gobernador intentó externalizar parte de la construcción naval para disminuir la carga de trabajo de los filipinos, y buscó una mayor rotación de los soldados destinados a las Filipinas y las Molucas⁴⁸. Al contrario que Silva, Fajardo concedió licencias para aquellos que deseaban dejar las islas y buscó la forma de pagar las deudas atrasada. Es decir, intentó hacer de las islas un mejor sitio para servir y que dejaran de ser una suerte de destierro, que era como se veía hasta entonces⁴⁹. Su objetivo era que no hubiera tantos problemas para atraer gente a las islas

⁴⁶ Consulta de la Junta de Guerra de Indias sobre la propuesta de Luis Álvarez de Távora, 7 de febrero de 1619, AGI, México, 2487.

⁴⁷ GIL, JUAN: *Mitos y utopías del descubrimiento Vol.2. El Pacífico*, Sevilla, Athenaica, 2018.

⁴⁸ Carta de Alonso Fajardo de Tenza sobre asuntos de gobierno, 10 de agosto de 1618, AGI, Filipinas, 7, R.5, N.53.

⁴⁹ Carta de Alonso Fajardo de Tenza sobre asuntos de gobierno, 15 de agosto de 1620, AGI, Filipinas, 7, R.5, N.61.

y así poder contar con soldados y marineros suficientes para operar los navíos. La otra gran preocupación era que el rey mantuviese los fuertes socorros desde Nueva España. Fajardo seguía pidiendo un gran auxilio desde España, pero su interés eran los hombres que este pudiera llevar, y no tanto los galeones como lo había sido para Silva. Fajardo sabía que en lo relativo a los navíos, en las Filipinas podía conseguir una escuadra suficientemente poderosa para luchar con la VOC, siempre y cuando contase con la gente y dinero de fuera⁵⁰. Razonaba Fajardo que con dinero y hombres suficientes se podía armar una escuadra mediana pero bien preparada, y esto era suficiente para impedir los ataques a las islas.

La otra preocupación del gobernador fueron las Molucas. Durante el mandato de los dos gobernadores anteriores, aunque de forma diferente, las islas habían sido la gran baza de la monarquía para la lucha contra los holandeses. Ahora se entendía que no era así, pues Fajardo no disponía de recursos para expulsar a los holandeses de la zona. Sin embargo, esas islas podían tener una utilidad, que era la de desgastar a los neerlandeses. Si las guarniciones españolas se mantenían activas y con capacidad combativa, la VOC seguiría necesitando mantener un sistema grande de presidios, guarnición, y navíos, superior al español, para asegurarse su dominio de la zona. Todo el dinero que gastase allí era un dinero que no invertía en operaciones en otro lugar. Del mismo modo, todos esos recursos, al estar fijados en las Molucas, no se movían a otros escenarios potencialmente más peligrosos y sensibles para la monarquía. Es decir, las Molucas constituían una defensa activa, un lugar donde presionar y desgastar al enemigo, aun sabiendo que no se iba a conseguir realmente un daño decisivo. Por ello Fajardo, aunque ya no tenía en mente una gran armada ofensiva a las islas, mantuvo los socorros y los aumentó en comparación con su predecesor. Además, buscó la forma de hacer más eficiente la presencia española, abandonando presidios costosos y buscando la ampliación de relaciones con Macasar para conseguir suministros a mejores precios.

Sin embargo, el verdadero reto del gobernador fue conjugar todos estos objetivos con el mayor de los problemas, los ataques anuales que la VOC hacía a las Filipinas. Tras la batalla de 1617 las autoridades de Manila confiaban ahuyentar nuevas incursiones bánavas, pero los intereses de la VOC por expulsar a los españoles y hacerse con el comercio chino hicieron que se reanudasen un año más tarde. Durante los

⁵⁰ Carta de Alonso Fajardo de Tenza sobre asuntos de gobierno, 10 de agosto de 1619, AGI, Filipinas, 7, R.5, N.58.

siguientes años habría periódicamente algún tipo de incursión, ataque o bloqueo de la ciudad de Manila. En estas operaciones los holandeses consiguieron capturar varios navíos chinos cada año, pero fracasaron en su objetivo principal, puesto que la rápida reacción española permitió avisar a los comerciantes para que llevaran sus productos por rutas secundarias o los desembarcasen en otras islas y los transportaran por tierra a Manila. El resultado fue que se dañó la posición española, pero no de forma suficientemente grave como para que su economía se resintiese gravemente, y tampoco los neerlandeses consiguiesen grandes beneficios⁵¹. La VOC movilizó generalmente armadas más potentes que los defensores pero nunca quiso entrar en combate directo con los españoles, y el temor a una derrota y el gran coste que le suponía perder sus navíos resultaron clave para que decidiese no asumir nunca grandes riesgos. Esto fue especialmente claro en los ataques de 1621 y 1622 en los que la VOC contó con el apoyo de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, con la que en 1619 había firmado una alianza⁵². Las flotas aliadas bloquearon la ciudad con poderosas flotas, pero no consiguieron ni grandes capturas ni dañar a los españoles. En 1625 se realizó la última incursión en la que la VOC se topó por primera vez con una escuadra española similar y decidió retirarse por temor a sufrir graves pérdidas.

El gobierno de Fajardo supuso la adaptación a los objetivos que Madrid había empezado a marcar a partir de 1617-1618. De la gran estrategia ofensiva de Juan de Silva de 1610 se pasaba a una defensa activa de las islas. Es decir, no había que poner en marcha grandes proyectos agresivos sobre la VOC, pero había que defender las Filipinas con solvencia y mantener las Molucas activas para forzar a la compañía a mantener su gasto defensivo.

Finalmente, a la par que Fajardo se enfrentaba a las incursiones neerlandesas en Manila, en la corte de Madrid la Junta de Guerra de Indias retomaba el interés por enviar el gran socorro desde España. El fiasco del naufragio de 1620 quiso ser reconducido rápidamente con el envío de una nueva escuadra utilizando los restos del naufragio y nuevos recursos procedentes de otras armadas españolas y de Italia. El rey aprobó esta nueva propuesta y se realizaron algunos preparativos tales como traer desde Italia navíos,

⁵¹ Para las incursiones neerlandesas en Filipinas ver: BLAIR, EMMA HELEN Y ROBERTSON, JAMES ALEXANDER: *The Philippine Islands: 1493-1898 volumen 17, 18, 19 y 20*, Cleveland-Ohio, 1903.

⁵² VAN DYKE, PAUL. «The Anglo-Dutch Fleet of Defense (1620-1622): Prelude to the Dutch Occupation of Taiwan» en BLUSSE, LEONARD (ed.): *Around and about Formosa: Essays in Honor of Professor Ts'ao Yung-Ho*, Taipei, Ts'ao Yung-ho Foundation for Culture and Education, 2003.

soldados y marineros. Sin embargo, nuevamente la ausencia de dinero impidió que la armada fuese completada para zarpar en primavera de 1620. El rey tomó la decisión de posponerla a 1621 y así tener más tiempo para su organización, pero, una vez más, tampoco hubo éxito⁵³.

En 1621 murió Felipe III y le sucedió su hijo, el joven Felipe IV, quien tuvo que afrontar el gran problema que se planteó menos de un mes después de iniciar su reinado: la Tregua de los Doce Años había expirado y no se había llegado a ningún entendimiento con los bánavos para renovar el acuerdo en mejores condiciones. Se iba a volver a la guerra, ya no para derrotar a los holandeses sino para buscar mejores condiciones, y esta iba a ser una guerra en Europa. La monarquía empezó a dedicar muchísimos recursos a este frente, recursos que obviamente no se dedicaban a otras empresas. Con el nuevo plan contra los holandeses no se necesitaba enviar grandes armadas desde España a Filipinas, pues se pretendía doblegarlos desde Europa. La Junta de Guerra de Indias siguió insistiendo al rey en enviar algún socorro a las Filipinas para reforzarlas y abrir la tan deseada ruta directa desde Sevilla. Felipe IV inicialmente no lo descartó como tal, pero subordinó su organización al dinero que hubiese, que en ningún caso podría detraerse del destinado a Flandes, lo que en la práctica suponía descartar cualquier posibilidad. Para 1624, con la monarquía ya metida de lleno en la guerra de Flandes y con nuevos frentes abiertos en América provocados por la aparición en 1621 de la Compañía de las Indias Occidentales neerlandesa, no había dinero ni medios ni interés en abordar cualquier forma de intervención en las Filipinas que no fuera a través de los socorros de Nueva España. Estos se habían mantenido durante todo el tiempo y permitían adaptarse a las exigencias específicas de las islas y aunque eran caros y costosos, eran más seguros que una flota enviada desde España.

El reinado de Felipe IV se inició bajo los postulados abiertos en los últimos años de Felipe III: las Filipinas y las posesiones del sudeste asiático ibérico no tendrían un papel central y decisivo frente a los holandeses, pero sí tendrían utilidad. El planteamiento era que cuanto más presión se ejerciera desde allí sobre la VOC, menos recursos dispondría esta para otras operaciones. Del mismo modo si las Filipinas estaban activas podrían proteger el mucho más sensible flanco pacífico de la monarquía. Es decir, la pérdida o abandono de las Filipinas hubiera supuesto mayores recursos defensivos a

⁵³ Aprobación de dinero para socorro de la armada de Filipinas, 8 de agosto de 1620, AGI, Filipinas, 329, L.2, F.344V-345R.

invertir en muchos lugares del imperio que lo costaba el mantenimiento del archipiélago⁵⁴. Esta forma de entender la función de las islas continuaría sin grandes cambios hasta el final de la guerra con los holandeses en 1648, cuando se firmó la Paz de Westfalia.

CONCLUSIONES

El espacio del sudeste asiático durante fue uno de los grandes escenarios de la política exterior del reinado de Felipe III. En un momento de ajuste de gasto, búsqueda de empresas exteriores poco ambiciosas y cierto recogimiento ofensivo, las Filipinas supusieron todo lo contrario. Desde el inicio del reinado fueron vistas como un espacio clave para resolver el que llevaba siendo por décadas el gran problema de la monarquía, la rebelión neerlandesa. La monarquía comenzó mostrando cierta iniciativa para intervenir en las Molucas, si bien esta desapareció en los años finales de la década, pues se dejó llevar por la inercia de unos planes acordados previamente, que no podían competir con la resolución báltava. La enorme distancia con el centro de poder, Madrid, y el largo tiempo que requería la comunicación entre las Filipinas y España, resultaron determinantes para no tomar las decisiones adecuadas, y no lo fue menos la indecisión de la monarquía en comparación con la firmeza de su rival neerlandés. Tras la firma de la tregua, la corte se mostró dispuesta a aplicar medidas alternativas y ambiciosas, pero no obstante cedió la iniciativa al gobernador Silva, mucho más enérgico y con las ideas muy claras, pero con menor capacidad de llevarlas a cabo que de haber sido lideradas desde la corte. Cuando Madrid se quiso implicar más ya era tarde y el impulso ofensivo se había agotado. Por último, el planteamiento del papel defensivo de las Filipinas no se estableció de forma abrupta, sino que fue progresivo y en gran medida fruto de no poder articular como se esperaba el socorro directo desde España sumado a los nuevos frentes que se le abrieron a la monarquía desde finales de la década de los 1610.

Otra de las cuestiones claves fue la contemporización de Madrid en su implicación en Asia, pues pese a que se vio con buenos ojos el aumento de recursos en Asia a partir de la tregua, se buscó hacer lo máximo con lo mínimo, lo que llevó al rey a apurar y esperar demasiado para tomar importantes decisiones, que dio como resultado grandes gastos y malos resultados. Un gran proyecto de armada como el que Silva ideó, si bien

⁵⁴ ÁLVAREZ ALONSO, LUIS: «El “alivio de las Indias”. La Real Hacienda filipinas, 1565-1800», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 45, 2019, pp. 33-67.

difícil, no hubiera sido imposible si Madrid hubiese tomado la iniciativa desde el primer momento, lo que no sucedió hasta el final.

Desde la perspectiva del rey, aunque las islas pudiesen cumplir una función importante había más frentes que atender, y dedicar un gran esfuerzo a las Filipinas a través de los socorros directos era arriesgado, pues la organización era cara, compleja y el propio viaje era largo y difícil. Los portugueses llevaban décadas realizando un viaje similar y tenían muchos y frecuentes problemas. Era lógico por tanto ser cautos a la hora de organizar una gran armada desde España, más aún después de los fracasos de los socorros de 1616 y 1619. Al final, conforme quedó claro que llevar la iniciativa contra la VOC iba a requerir una enorme cantidad de recursos durante un tiempo importante, tal y como la VOC llevaba haciendo durante años, Madrid consideró más conveniente apostar por continuar con los auxilios desde Nueva España y volcarse en Europa, donde sí se confiaba en tener éxito.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS

Seccion Filipinas: 1, 7, 20, 329.

Seccion Mexico: 2487, 2488.

Seccion Patronato: 46, 47.

ALLEN, PAUL: *Felipe III y la Pax Hispánica*, Madrid, RBA Coleccionables S.A., 2006.

ÁLVAREZ ALONSO, LUIS: «El “alivio de las Indias”. La Real Hacienda filipina, 1565-1800», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 45, 2019, pp. 33-67.

BLAIR, EMMA HELEN Y ROBERTSON, JAMES ALEXANDER: *The Philippine Islands: 1493-1898* volúmenes 17,18,19 y 20, Cleveland-Ohio, 1903.

BORSCHBERG, PETER: «Security, VOC Penetration and Luso-Spanish Co-Operation: The Armada of Philippines Governor Juan de Silva in the Straits of Singapore, 1616» en Borschberg, Peter (Ed.): *Iberians in the Singapore-Melaka Area and Adjacent Regions (16th to 18th Century)*, Wiesbaden, Harrassowitz-Verlag, 2004, pp. 35-62.

CENTENERO DE ARCE, DOMINGO: «La política asiática de Felipe III: Los intereses cruzados de los socorros a Filipinas (1610-1624)», *Historia*, 52 (2), 2019, pp. 408-439.

COLIN, FRANCISCO: *Labor Evangélica de los obreros de la Compañía de Jesús en las Filipinas* Parte primera. Tomo III (editada por Pablo Pastells)., Barcelona, Imprenta y litografía de Henrich y Compañía, 1902.

DÍAZ-TRECHUELO, LOURDES: *Filipinas. La gran desconocida (1565-1898)*, Estella, Universidad de Navarra, 2001

ELLIOT, JOHN: *El conde-duque de Olivares*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998.

ESTEBAN ESTRÍNGANA, ALICIA: «La Tregua de los Doce Años: fracaso del principio de reunión pactada de los Países Bajos bajo el dominio de los Archiduques», *Pedralbes*, 29, 2009, pp. 95-157.

GARCÍA GARCÍA, BERNARDO: *La Pax Hispánica. Política exterior del duque de Lerma*, Lovaina, Leuven University Press, 1996.

GIL, JUAN: *Mitos y utopías del descubrimiento* Vol.2. El Pacífico, Sevilla, Athenaica, 2018.

GONZÁLEZ CUERVA, RUBÉN: *Baltasar de Zúñiga. Una encrucijada de la monarquía hispana (1561-1622)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2013.

ISRAEL, JONATHAN: *La república holandesa y el mundo hispánico 1606-1661*, San Sebastián, Nerea, 1997.

LEONARDO DE ARGENSOLA, Bartolomé: *Conquista de las islas Molucas*, Madrid, Ediciones Polifemo y Miraguano Ediciones, 1992.

LYTLE SCHURTZ, WILLIAM: *El galeón de Manila*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992

MADRID, MANUEL DE: *Relación verdadera de la gran victoria que el Armada Española de la China tuvo contra los holandeses...*, Sevilla, imprenta de Francisco de Lyra, 1618.

MORGA, ANTONIO DE: *Sucesos de las islas Filipinas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2007.

MURTEIRA, ANDRÉ: «El impacto de la Tregua de los Doce Años en los dominios ultramarinos portugueses», en BERNARDO, GARCÍA GARCÍA, HERRERO SÁNCHEZ, MANUEL Y HUGON, ALAIN (eds.): *El arte de la prudencia. La tregua en la Europa de los pacificadores*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2012, pp. 201-231.

MURTEIRA, ANDRÉ: *A navegação portuguesa na Ásia e na rota do Cabo e o curso neerlandês, 1595-1625*, Tesis Doctoral, Universidad Nova de Lisboa, Lisboa, 2016.

NEWSOME CROSSLEY, JOHN: *The Dasmariñases. Early Governors of the Spanish Philippines*, London and New York, Routledge, 2016.

OLLÉ, MANEL: *La empresa de China. De la Armada Invencible al galeón de Manila*, Barcelona, Acantilado, 2002.

RODAO, FLORENTINO: *Españoles en Siam (1540-1939). Una aportación al estudio de la presencia hispana en Asia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.

SALVÁ, MIGUEL Y MARQUES DE MIRAFLORES (eds.): *Colección de documentos inéditos para la Historia de España Tomo LII*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Calero, 1868.

SANZ CAMAÑES, PORFIRIO: *Los ecos de la Armada. España, Inglaterra y la estabilidad del Norte (1585-1660)*, Madrid, Sílex, 2012.

SOUSA PINTO, PAULO JORGE DE: *Portugueses e malaios. Malaca e os sultanatos de Johor e Achém 1575-1619*, Lisboa, Fundação Oriente, 1997.

VAN DYKE, PAUL: «The Anglo-Dutch Fleet of Defense (1620-1622): Prelude to the Dutch Occupation of Taiwan» en BLUSSE, LEONARD (ed.): *Around and about Formosa: Essays in Honor of Professor Ts'ao Yung-Ho*, Taipei, Ts'ao Yung-ho Foundation for Culture and Education, 2003, pp. 61-81.

VAN VEEN, ERNST: *Decay or Defeat? an Inquiry into the Portuguese Decline in Asia 1580-1645*, Leiden, Universiteit Leiden, 2000.